

tos territorios comenzaron las desventuras del gran maestro de la guerra.

La tentativa de Aníbal de apoderarse de la ciudad griega de Nápoles se había estrellado ante la tenacidad de sus habitantes, los cuales recibieron entonces una guarnición romana. Los cartagineses quisieron luego apoderarse de la importante ciudad central que se alzaba al Sur de la Campania, la fuerte Nola, cuyo partido popular era favorable á Aníbal; pero á última hora la nobleza de la ciudad impetró el auxilio de Roma: Marcelo, procedente de Casilinum, logró penetrar en ella, aseguró la tranquilidad interior condenando á muerte á 70 demócratas comprometidos y en una salida que hizo derrotó al mismo Aníbal, no sin sufrir grandes pérdidas. Este hecho de escasa importancia militar, la tuvo en alto grado en el mundo romano bajo el punto de vista de la influencia moral que ejerció la primera victoria conseguida por Marcelo sobre su poderoso enemigo. Bajo el punto de vista material, este primer éxito no pudo contener los progresos de Aníbal, que consiguió apoderarse de las ciudades de Acerre y Nuceria. Los tenaces habitantes de esta última ciudad, cuyo Senado fué condenado á muerte, vieron destruidos todos sus hogares y hubieron de emigrar á las plazas romanas de las cercanías. Muy pronto la ciudad de Casilinum, tan importante bajo el punto de vista estratégico, y en la cual se habían refugiado, después de asesinar á los habitantes ganosos de sublevarse, dos batallones itálicos (prenestinos y perusianos) que no habían llegado á tiempo para tomar parte en la batalla de Canas, cayó, después de un largo bloqueo, que los romanos no pudieron hacer levantar, en poder de Aníbal (á principios del año 215), el cual permitió á sus defensores recobrar la libertad por medio de un rescate.

La narración tradicional, según la cual la parte del ejército cartaginés que había invernado en Cápua había llegado á afeminarse con su permanencia en ella, carece por completo de fundamento histórico. La verdad es que en el año 215 la guerra fué perdiendo poco á poco su importancia en Italia, y en cambio, mientras Aníbal tenía en la Baja Italia entretenido un gran contingente romano-italico sin poder penetrar en el Norte, las peripecias de la guerra activa se desarrollaban en la periferia que se extiende desde el Tajo y el Betis hasta el Aaos. En Italia los sucesos eran desfavorables á los cartagineses. La pedantería romana estatuyó que, á causa de auspicios defectuosos, debía ser anulada la elección que había colocado á Marcelo como segundo cónsul junto á Tiberio Sempronio Graco, ascendiente del reformador del siguiente siglo (naturalmente solo porque Marcelo era plebeyo); esto no obstante, la nueva dirección del ejército romano fué excelente. En efecto, por un lado los dos cónsules (Graco en Licernum ó en las costas de Nápoles y Fabio Máximo en Cales, al Norte del Volturno) y Marcelo, como procónsul, vigilaban con mas de seis legiones, desde Nola y Suesula, las comarcas del Norte de la Campania y el camino del Lacio contra las tropas de Aníbal y los capuanos; mientras el pretor M. Valerio Levino con dos legiones que hasta entonces habían permanecido en Sicilia y que se reforzaron con las tropas salvadas en Canas, y con una escuadra, guardaba las costas orientales y desde Luceria recaudaba contribuciones en la Apulia y en el Samnio. El cónsul Graco derrotó en Hame, con tropas compuestas en su mayor parte de esclavos (llamados *volones*, ó voluntarios) á las milicias de Cápua y Cumas que quisieron atacarle y supo evitar prudentemente la batalla que, deseoso de vengarse, le ofrecía Aníbal. Además cuando después de algunas desgraciadas operaciones en la comarca campania, favorable entonces á los romanos, se dirigió con los refuerzos recibidos del Africa, á Nola, para vengar las incursiones de Marcelo en

el Samnio, encontróse con Marcelo que le hizo sufrir una completa derrota. Perseguido por Graco, marchó el cartaginés á la Apulia para reponerse, con una batalla contra Levino, de este desastre y del que en Lucania y junto á Grumentum había sufrido su lugarteniente Hannon ante las fuerzas del delegado de Levino, Tiberio Sempronio Longo; pero los romanos supieron evitar oportunamente este encuentro. Aníbal vióse entonces obligado á permanecer en Arpi á la defensiva, de suerte que el ejército campanio de los romanos pudo intentar un ataque contra Cápua.

Cuanto mas difícil se hacia, al año siguiente de la batalla de Canas, la posición de Aníbal, tanto mas debía contar con los refuerzos que del exterior le habían de enviar; pero los sucesos que ocurrían en el lado occidental, el mas importante del teatro de la guerra, eran funestos para los cartagineses. En efecto, los trabajos de la refinada diplomacia romana comprometían seriamente la situación de los cartagineses en España: los pueblos hispanos se hacían cada vez mas desconfiados y sus contingentes eran un auxilio sospechoso para los cartagineses. Los dos Escipiones, que habían convertido su cuartel general de Tarraco en una plaza fuerte, lograron derrotar por segunda vez á Asdrúbal que intentaba reconquistar aquella ciudad y que ya había sido derrotado primero en el alto Betis junto á Ilturgii (hoy Jaen) y luego mas al Norte, en la colina de Intibili. Esto trajo la consecuencia fatal de que se perdiesen para Aníbal la mayor parte de los recursos de guerra que por conducto de España le había enviado Cartago. Los enérgicos generales romanos no titubearon en proseguir la guerra en los mismos territorios que los cartagineses poseían al Sur de España: en 214 se apoderaron de la ciudad de Castulon, situada en el alto Betis, dieron de nuevo el título de ciudad y de estación romana á Sagunto (1), que había sido arrebatada recientemente á los cartagineses, y con éxito siempre creciente llegaron hasta las estribaciones de los montes de Granada y hasta las costas meridionales de España; de tal manera que en 213 pudieron dirigir sus miradas á la misma Africa, consiguiendo aliarse contra Cartago con un caudillo nómada, llamado Sifax, que ejercía su dominación en las comarcas del Oeste de Africa que hoy conocemos con los nombres de Argel y Oran. No pudieron ser entonces trasportadas al Africa las tropas que los romanos tenían en España y en Italia, pero entre tanto dirigiéronse á Numidia algunos oficiales que debían instruir convenientemente á la infantería de Sifax. La proximidad de tan peligrosos vecinos produjo entre los sáditos africanos de Cartago una excitación tal, que el gobierno cartaginés, para sofocar la sublevación que iba á estallar frente á sus muros, se vió obligado á llamar á Asdrúbal y á una gran parte del ejército de España, con lo cual los Escipiones pudieron extenderse sin obstáculo alguno por los territorios del Sur del Ebro.

Mientras de esta suerte se hacia cada vez mas ilusoria para Aníbal la perspectiva de recibir los esperados refuerzos que su hermano le había prometido desde los Pirineos, tomaba, en cambio, cuerpo una esperanza nacida en el año 215. La sublevación de los primitivos habitantes de Cerdeña, por tanto tiempo esperada, estalló por fin y se vió desde luego secundada por un considerable ejército cartaginés; pero también esta vez la suerte fué favorable á los romanos, pues el general T. Manlio Torcuato pudo sofocar fácilmente la sublevación y arrojar de la isla á los cartagineses.

(1) Sagunto, sin embargo, no fué totalmente reedificada hasta la vuelta de Escipión de Africa. Así se desprende de la inscripción que se ve en la base de un monumento, que todavía se conserva, elevado en honor de Escipión el Africano, por haber restaurado aquella ciudad á su regreso. (N. del T.)

X.—MUERTE DE HIERON. SIRACUSA ABANDONA LA CAUSA DE ROMA

Mas propicia se mostraba á las esperanzas de Aníbal la situación en que se encontraban los lados meridional y oriental del teatro de la guerra. En Siracusa había muerto en 216 el hijo de Hieron, Gelon, y al año siguiente había dejado de existir aquel anciano aliado de los romanos. Confiaba, además, Aníbal en los griegos, porque les había auxiliado en 227 en la expedición que hizo á la isla de Rodas. La corona de Siracusa pasó á un niño de 15 años llamado Hierónimo, hijo de Gelon y de la princesa Nereida, hija del gran Pirro y hermana del rey epirota Alejandro. El joven rey, desoyendo los consejos que antes de morir le diera Hieron, dejóse convencer muy pronto por sus partidarios de la conveniencia de destituir al curador que su abuelo le había nombrado, y de hacerse en el ejército con un partido que deseaba unirse con los cartagineses, preponderantes al parecer desde la batalla de Canas, prometiéndose con ello poder extender los dominios de Siracusa. Entabláronse negociaciones con Aníbal, el cual envió incontinenti dos excelentes oficiales y astutos diplomáticos. Estos dos emisarios, Hipócrates y Epicides, nieto de un griego desterrado á Cartago durante la tiranía de Agatocles, y de una dama cartaginesa, eran indudablemente los personajes mas influyentes de la corte, y no titubearon en manifestar al joven é inepto rey que, en caso de victoria, Sicilia quedaria completamente independiente. Con esto los romanos tuvieron que vigilar á un nuevo enemigo. Durante el año 215 dióse tregua á la guerra; pero después, al año siguiente, un partido republicano, adicto á los romanos, y compuesto de los aristócratas y de los ciudadanos acomodados para quienes era insostenible el gobierno de un joven príncipe que solo se apoyaba en los mercenarios y en el proletariado, asesinó en Leontini á Hierónimo y promovió una sublevación en la capital del pequeño Estado, á consecuencia de la cual Siracusa se vió aislada por crueles luchas intestinas.

En un principio esta joven república, y con ella el partido adicto á Roma, pareció que conservaría el poder; pero cuando un yerno de Hieron se propuso tramar planes mortales contra el nuevo gobierno, y éste, con crueldad siracusana, hubo asesinado á toda la familia de aquel rey, dando muerte entre otras á muchas jóvenes, el ejército y las masas se levantaron contra la sangrienta república, consiguiendo el partido cartaginés que fuesen elegidos estrategos Hipócrates y Epicides. A esto siguió luego un periodo durante el cual los siracusanos estuvieron indecisos entre declararse por Cartago ó por Roma. Mas cuando Hipócrates comenzó desde Leontini y al frente de 4,000 hombres la guerra contra Roma, y el general Marcelo, á quien el Senado había enviado á Sicilia, se apoderó de Leontini, y con la crueldad que hasta los tiempos de Teodosio usaron los romanos para con los desertores, mandó decapitar á 2,000 prisioneros reconocidos por tales, apoderóse del demos y del ejército de Siracusa, en el cual militaban muchos trófugas, un furor tal que, después de proclamar jefes á Hipócrates y Epicides, se entregaron á toda clase de horrores y se declararon abiertamente contra Roma. Esto obligó á Marcelo á destinar una parte de sus tropas á la reconquista de la importante ciudad de Siracusa, reconquista tanto mas difícil cuanto que entre tanto un ejército cartaginés, compuesto de 25,000 infantes, 3,000 caballos y 12 elefantes, había desembarcado en las costas meridionales de la isla y, apoderándose de Agrigento, había alentado por doquier á los descontentos.

XI.—FILIPPO V CONTRA LOS ROMANOS. GUERRA MACEDONIA-ETÓLICA

Por este lado había empeorado extraordinariamente la situación de los romanos, pero en cambio se había desvanecido el peligro que, desde 215, les amenazaba por parte de Macedonia. Filippo V había enviado, á principios del año 215, una embajada á Aníbal, estableciéndose, por último, una alianza entre los cartagineses y macedonios, según la cual Filippo se comprometía á no firmar con los romanos paz alguna separada, á combatir enérgicamente por mar y tierra á los ejércitos de Roma, y á llevar 200 buques á las costas orientales de Italia. En cambio los cartagineses le ofrecieron como precio de la victoria todas las posesiones que los romanos tenían en la península de los Balkanes, le garantizaron su soberanía sobre la península griega y le prometieron defenderle contra sus eventuales enemigos. Además, se comprometieron á entregar á Demetrio de Faros sus posesiones ilirias.

La fatalidad, sin embargo, hizo que, de regreso á su patria, los embajadores macedonios cayeran en poder de los romanos. El Senado se atemorizó ante la idea de que muy pronto las terribles falanges macedónicas combatirían contra las legiones romanas, pues todavía conservaba el ejército macedónico la aureola de Alejandro Magno y la fama de invencible, así como en el siglo décimoséptimo de la era cristiana la bandera de Suecia estuvo hasta la batalla de Fehrbellin envuelta en el nimbo de Gustavo Adolfo, Banier y Torstenson. Cara había de costar á los macedonios la creencia en que estaban los romanos de que todo habían de temerlos de ellos. Por de pronto, el pretor M. Valerio Levino, que hacia años tenía el mando de un ejército, recibió grandes refuerzos para cubrir las costas orientales de la Apulia y la Calabria, y cuando Filippo pudo ratificar el tratado con Aníbal, ya estaba Roma suficientemente preparada para hacer frente á sus ataques. Entonces se vió que el nuevo peligro con que Aníbal amenazaba desde el Oriente á la Italia carecía de importancia, por la debilidad é indecisión de Filippo. Este no se atrevió á atacar con sus pequeños buques de guerra á las 50 penteremes de Levino, estrellándose, además, sus tropas ante las de éste, en un ataque que en 214 intentó contra Oricos y Apolonia, al Sur de la Iliria. Los romanos perdieron entonces el temor que les habían inspirado los macedonios, y cuando posteriormente Filippo, que con mejor éxito se había dirigido contra un caudillo ilirio aliado de Roma, encontró libre el camino de Italia, después de la toma de Tarento por los cartagineses (213), la diplomacia romana introdujo la discordia en su propia casa.

Philipo, por su conducta seguida para con los griegos, y especialmente por sus despóticos caprichos, violencias é injusticias, se había enajenado muy pronto desde la paz de Naupactos, las simpatías de sus aliados helenos. Además el envenenamiento del anciano Arato, que se le había hecho antipático, y á quien engañó convidándole á casa de su nuera, había producido un descontento general. Levino consiguió entonces (211) que los etolios, sabedores por conducto de los romanos de los intentos de Filippo y mal avenidos con una paz que imposibilitaba sus rapiñas y con el idealismo panhelénico, firmaron una alianza con los romanos. Estos y los etolios quisieron entonces, sin firmar la paz separadamente, combatir juntos contra Filippo, acordándose que de las conquistas que hasta Corcira se llevaran á cabo, la propiedad del territorio sería para los etolios, y el botín y los habitantes para los romanos. Este tratado ignominioso para ambas partes, hizo que los aqueos y otros griegos, antiguos aliados de Filippo, se pasasen al bando de éste, á pesar de lo cual poco hubo de temer entonces Italia de Macedonia. El mundo griego, por su parte, en donde los dardanos, muchos caudillos ilirios, Elis, Messenia, Esparta y Atalo I de Pérgamo, se unieron con los romanos y los etolios para com-

batir contra Filipo, fué desde aquel momento el teatro de una guerra destructora que había de abrir al vencedor de la gran lucha itálica el camino para la futura dominación del Oriente.

XII.—LUCHA EN ITALIA. MARCELO SITIA Y CONQUISTA Á SIRACUSA. TOMA DE TARENTO

Retrocedamos ahora un poco para describir las luchas que desde 215 sostuvieron en Italia romanos y cartagineses. Cierzo que Roma se vió amenazada entonces por todos lados, á excepción de España é Italia, con grandes peligros; pero en cambio, á medida que estos se aumentaban, crecía también la energía con que los romanos hacían los preparativos necesarios para que el mejor éxito coronara su resistencia. Los comicios centuriados eligieron cónsules para el año 214 al anciano Fabio Máximo y al valeroso Marcelo, no sin que el primero, como presidente de las elecciones, apelando enérgicamente á todo su ascendiente personal y á toda su fuerza, anulara la primera elección de las centurias, que había recaído en hombres de poca confianza. Marcelo, como hemos visto, se vió durante mucho tiempo alejado de Italia, á consecuencia de la lucha que había estallado en Sicilia. Gracias á todos los recursos financieros del Estado y á la abnegación de los ciudadanos de todas las clases, las fuerzas del ejército activo romano pudieron elevarse á 150 buques de guerra y á 200,000 soldados. Ocho legiones se encontraban frente á frente de Anibal, tres en la Alta Italia conteniendo á los celtas, una en Brindis, dos en Roma, dos en Sicilia y dos en Cerdeña; de suerte que mas de una cuarta parte de los hombres aptos para las armas se encontraba en el servicio activo, destinándose á las faenas agrícolas los esclavos, las mujeres, los ancianos y los pocos que no habían sido llamados al ejército.

Tiberio Graco, con cuatro legiones y protegido por Luceria y Benevento, se encontraba frente á Anibal, que con el grueso de su ejército ocupaba á Arpi, mientras que Fabio Máximo, con otras cuatro legiones, preparaba el ataque de Cápua; esto no obstante, solo muy paulatina y costosamente conseguían los romanos ir ganando terreno á los cartagineses. El mismo Anibal, cuyos veteranos iban poco á poco perdiendo su fuerza, se mantenía con perseverante tenacidad á la defensiva en que se había visto obligado á encerrarse. Mas á pesar de que no recibía los refuerzos del Africa y de que su ejército era cada vez menos fuerte, los romanos, cuyo ejército era superior al cartaginés, no se atrevieron todavía á presentarle batalla campal. La guerra se descompuso, por un lado, en una serie de tentativas que hizo Anibal para apoderarse de los grandes puertos de las costas orientales de Italia, tentativas que fracasaron por completo: porque si consiguió evitar que el enemigo atacara Cápua, en cambio, hubo de perder la fortaleza de Casilinum. Por otro lado, los romanos seguían derrotando á los generales de Anibal: Tiberio Graco habíase conquistado gran renombre derrotando en Benevento, y al frente de sus volones que luchaban valerosamente por su libertad, al ejército brucio-lucanio de Hannon. Lo mas sensible para Anibal fué que sus aliados itálicos comenzaron á perder la confianza que en él tenían, á causa de los ataques de los romanos, de los castigos que á los prisioneros se imponían y del mal éxito que habían tenido las últimas tentativas de los cartagineses. A consecuencia de esto hubo deserciones y traiciones favorables á los romanos, con las cuales las ciudades, partidos y hombres tráfugas procuraban comprarse el perdón del Senado. Algunos de los mismos soldados españoles que se encontraban en Italia al servicio de los cartagineses, al tener noticia de lo que acontecía en la península pirenaica, se pasaron al ejército romano. Pero la pérdida mas importante para Anibal fué la de Arpi, cuyos ciudadanos,

unidos con los romanos que en ella habían penetrado, se resolvieron contra la guarnición púnica.

Durante el año 212 la guerra hizo grandes y sangrientos progresos en las tres regiones donde se sostenía la lucha. Mientras ésta proseguía con languidez en Italia, y en España parecía completamente perdida la causa de los cartagineses, toda la atención de las potencias beligerantes y del mundo contemporáneo estaba fija en el sitio de Siracusa. El audaz Marcelo, que con cincuenta penteremes atacó por mar la extensa ciudad, dotada por Hieron de todos los recursos de guerra imaginables, en tanto que el pretor Apio Claudio preparaba el ataque por tierra, vió fracasar todas sus tentativas, á causa de la inagotable inventiva del gran Arquímedes. A pesar de la energía y del valor de sus soldados, los romanos nada adelantaban en sus ataques, viéndose Marcelo obligado, despues de ocho meses de lucha, á convertir el sitio en un bloqueo, con el cual se propuso impedir la llegada de víveres á la populosa ciudad, y conseguir, por medio de rudos ataques, algunas ventajas militares. No obstante, era en extremo difícil ponerse al abrigo de los cartagineses que, mandados por Himilcon, se apoderaron de Agrigento, sublevaron toda la isla, y condujeron al puerto de Siracusa una fuerte escuadra, fortificándose con algunas tropas junto al rio Anapos. La terrible dureza con que el general Marcelo destruyó durante esta guerra, que puso por algunos años término al bienestar de la Sicilia, algunas poblaciones de la isla, en castigo de su defección, no fué bastante á sofocar el levantamiento. El capitán romano L. Pinario, jefe de la guarnición de Enna, ante la desconfianza de los habitantes, convocó á estos en el teatro para tratar de las condiciones bajo las cuales le serían entregadas las llaves de la ciudad y de la Acrópolis; y viendo que la asamblea comenzaba á agitarse, mandó acuchillar á las indefensas masas, sin que Marcelo condenara esta carnicería, antes al contrario, dejó que sus soldados saquearan la ciudad. Entonces la sublevación tomó un carácter mas general, á pesar de que los romanos enviaron una tercera legión á Sicilia.

Por último, durante la primavera del año 212, Marcelo, despues de haber fracasado las tentativas hechas para apoderarse de Siracusa sin largas luchas y con el auxilio del partido romano que en la ciudad existía, aprovechándose de las orgías á que dieron lugar las fiestas de Diana, consiguió apoderarse de los baluartes del barrio de Epipole, á excepción del fuerte Euryalos, y de los barrios de Tiche y Neapolis, que fueron saqueados por su ejército. El fuerte Euryalos, el formidable barrio de Acradina y la ciudadela Ortigia opusieron á los romanos una resistencia tanto mas desesperada, cuanto que los desertores romanos se oponían tenazmente á que la guarnición se entregara. Cuando cayó por medio de una traición en poder de los romanos el Euryalos, la habilidad de Marcelo supo hacer fracasar todas las sublevaciones de Epicides y las tentativas de los generales Himilcon é Hipócrates, á pesar de lo cual Siracusa se defendió todavía hasta el otoño; pero diezmado por la peste el ejército cartaginés, cuyos dos jefes habían perecido, y fracasado el proyecto de aprovisionar por mar á la ciudad sitiada, Epicides abandonó á Siracusa y huyó á Agrigento. El partido romano de la capital de Sicilia consiguió de Marcelo, á cambio de una rendición voluntaria, la promesa de libertad é independencia de su ciudad; pero la guarnición extranjera no quiso avenirse á la capitulación, y en un sangriento motin persiguió de muerte y saqueó á los partidarios de Roma. Por fin los romanos consiguieron entablar negociaciones secretas con los soldados españoles, lo cual les facilitó la posesión de la ciudadela Ortigia. Los tráfugas huyeron al interior de la isla, y Acradina abrió sus puertas al vencedor.

Marcelo, siguiendo los impulsos de su cruel dureza, no se

curó de las circunstancias que, una vez evadidos los principales culpables, es decir, los desertores, debían inducirle á tratar con cierta conmiseración á los habitantes de Siracusa. Usando de un proceder infame, abandonó la ciudad á sus tropas que, ansiosas de botín despues de tan larga lucha, se entregaron al saqueo y á la matanza, olvidando que se había ofrecido respetar las vidas de los habitantes. Arquímedes fué asesinado, y la ciudad convertida en un monton de ruinas, siendo llevadas á Roma, como botín de guerra, las mas preciosas obras de arte.

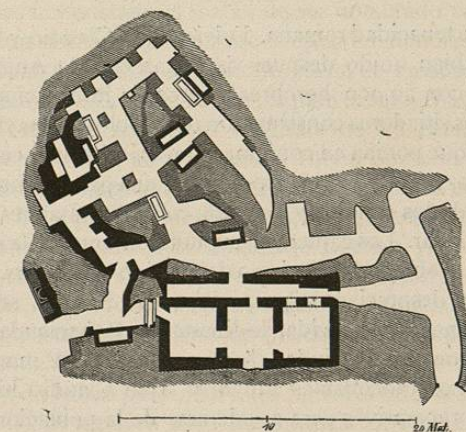
La guerra continuó todavía por algun tiempo en Sicilia. Anibal, para auxiliar á los cartagineses que, mandados por Hannon y Epicides, se encontraban en Agrigento les envió desde su campamento al excelente general de caballería nómida ó libio-fenicia Mutines. Este jefe opuso á los romanos todavía por largo tiempo grandes obstáculos, hasta que por último la envidia de Hannon debilitó su actividad y le indujo á entregar en 210 la ciudad de Agrigento á los romanos. Esto puso término á la guerra en la isla, que pasó desde entonces á ser provincia romana, conservando el derecho de municipalidades confederadas tan solo Mesina, Tauromenion y Neoton, las cuales fueron exentas de todo tributo y hubieron de contribuir únicamente al servicio de las armas. Siracusa, capital de la provincia, perdió su libertad: ninguno de sus ciudadanos podía habitar en la ciudadela; su territorio y las fronteras de Leontini fueron considerados como bienes señoriales romanos, y los que hasta entonces habían sido propietarios, pasaron á la condición de simples arrendatarios. La ciudad griega de Agrigento, cuyos habitantes en 210 habían sido, parte asesinados, parte reducidos á esclavitud, fué convertida en fortaleza romana, con el nombre de Agrigentum, perdiendo el de Acragas que había tenido hasta entonces, y tres años despues fué repoblada con habitantes sicilianos. Para mayor daño de los sabelios, los romanos sacaron en 210 de la isla sus tropas, ávidas de rapiña, y desde Reggio las llevaron á la Baja Italia, donde desde el año 213 el caballero romano T. Pomponio Veyentano, al frente de un ejército valeroso, proseguía una guerra de saqueo contra los brucios que se habían pasado á los cartagineses, aunque sin poder por ello conseguir vencer á los de Cartago.

La toma de Siracusa, que dejó libres una gran parte de las fuerzas romanas, fué tanto mas importante para el Senado, cuanto que en el propio año 212 la causa romana era poco favorecida por la suerte en otros dos puntos del teatro de la guerra. El estado crítico de la Italia romana iba cada día en aumento; y aun cuando el Estado había puesto en pié de guerra 23 legiones, ninguna ventaja había conseguido.

En tanto, se iba reuniendo en la capital una gran multitud sin pan y sin hogar, viéndose el gobierno y el sacerdocio obligados á oponerse á la tendencia por ella manifestada á valerse de sacerdotes, adivinos, ceremonias y conjuros extranjeros, á los cuales se dirigía el pueblo, porque lo crítico de la situación disminuía considerablemente la fe en los dioses nacionales. La inconcebible barbarie con que el gobierno mandó ejecutar y azotar á los rehenes de Turios y de Tarento que habían intentado huir, exasperó de tal manera á los ciudadanos de esta última, que ya sentían ciertas simpatías por Cartago, que en 212 abrieron al ejército cartaginés las puertas de la ciudad. El comandante romano Cayo Livio Macato consiguió salvar una parte de la guarnición y con ella se refugió en la Acrópolis, que Anibal mandó en seguida bloquear por mar y tierra. Metaponto, Turios y Heraclea se aliaron también con los cartagineses, cuya situación mejoró extraordinariamente en la Alta Italia, con estas importantes adquisiciones.

XIII.—MUERTE DE LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA (212). ANIBAL DELANTE DE ROMA. TOMA DE CÁPUA (211)

Mas graves se presentaban para los romanos los asuntos de España. El caudillo nómida Sifax no había podido sostenerse en campaña cuando se vió atacado por el Barcida Asdrúbal, al frente de sus tropas y de la excelente caballería nómida, que el antiguo enemigo de Sifax, el príncipe Gala, señor de lo que hoy forma la provincia francesa de Constantina, le envió á las órdenes de su inteligente hijo Masanasa, llamado mas comunmente Masinisa, joven intrépido que á la sazón solo contaba diez y siete años. Sifax hubo de aceptar la paz y huir á donde se encontraban los Escipiones, siendo cruelmente castigados por los cartagineses los libios que se habían sublevado. Entonces Asdrúbal pudo dirigirse de nuevo á España, en donde los Escipiones, para poder vencer definitivamente á la hidra de esta guerra, habían llevado á cabo la audaz y peligrosa empresa de reclutar 20,000 mercenarios celtiberos y de dividir luego sus fuerzas. Cuando Cneo, con estas tropas hispánicas y con sola una tercera parte del ejército romano, se encontró con Asdrúbal en Antorgis, en el alto Betis, fácilmente consiguieron los cartagineses, mediante la entrega de una fuerte suma, inducir á los mal pagados mercenarios á regresar á sus hogares, de suerte que Escipion se vió precisado á emprender una precipitada fuga. Entre tanto Magon y Asdrúbal, hijo de Giscon, con la caballería de Masinisa, habían derrotado al ejército de Publio y le tenían bloqueado en su campamento. Al saber este general romano que el caudillo hispano Indibil se dirigía también con todas sus fuerzas contra él, salió al encuentro con las suyas, trabándose un combate, en el cual los romanos, despues de haber perdido á su general, fueron completamente derrotados por los cartagineses. Entonces estos, reuniendo todas sus tropas, se dirigieron contra Cneo, el cual 29 días despues de la muerte de su hermano, pereció, también, con gran parte de su ejército.



Plano de la tumba de los Escipiones

De esta suerte los romanos perdieron en una sola batalla todos sus dominios españoles hasta el Ebro. Solo la energía del pueblo romano pudo evitar que los africanos enviaran, finalmente, auxilios á su gran Anibal. El legado Tito Fonteyo y el joven caballero Cayo Marcio habían logrado salvar los restos de las destruidas legiones del Ebro, y reunir á las guarniciones fugitivas del Sur. Marcio, á quien la elección de los soldados puso al frente del improvisado ejército, pudo mantenerse en la línea del Ebro, hasta que el Senado se encontró en condiciones de enviarle al propretor Cayo Claudio Neron con 12 ó 15,000 hombres (211), el cual logró tener